

Anderson i la nació imaginada*

Marc Sanjaume i Calvet

INSTITUT D'ESTUDIS DE L'AUTOGOVERN
UNIVERSITAT OBERTA DE CATALUNYA

marcsanjaume@gmail.com
ORCID: ORCID: 0000-0001-8723-1618

Recibido: 14/04/2016
Aceptado: 30/05/2016

RESUMEN

Este artículo hace una síntesis de la teoría del nacionalismo en la obra de Anderson y reivindica su vigencia para las naciones sin Estado. El autor argumenta a partir de las interpretaciones que se han hecho de la definición andersoniana de nación como comunidades imaginadas. La definición de Anderson se presenta como universal, realista y capaz de englobar las diversas facetas, opresora y liberadora, del nacionalismo. Finalmente, concluye con una pequeña reflexión sobre la complejidad de la identidad nacional en los Países Catalanes desde el punto de vista de Anderson.

Palabras clave: *nación, nacionalismo, Anderson, imaginado, realismo, comunidad*

ABSTRACT. *Anderson and the Imagined Nation*

This article synthesizes Anderson's theory of nationalism and claims its validity to stateless nations. The author discusses diverse interpretations of the andersonian theory of nations as imagined communities. Anderson's definition is portrayed as universal, realist and capable to encompass the different sides of nationalism as an oppressive or liberation movement. Finally, it concludes with a brief reflection on the complexity of national identity in the Catalan Countries from an Andersonian point of view.

Keywords: *nation, nationalism, Anderson, imagined, realism, community*

SUMARIO

- Introducción
- Reivindicar a Anderson
- Anderson y nosotros
- Referencias bibliográficas

Autor para la correspondencia / Corresponding autor: Marc Sanjaume i Calvet. Institut d'Estudis de l'Autogovern. Generalitat de Catalunya. Departament de la Presidència. C/ Baixada de Sant Miquel, 8 08001 Barcelona.

Sugerencia de cita / Suggested citations: Sanjaume i Calvet, M. (2016). Anderson y la nación imaginada. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 130 (1). 81-85

Benedict Anderson no ha sido un investigador de una sola obra. Una mirada a su lista de publicaciones da fe de ello, con contribuciones notables que muestran un conocimiento profundo de la historia y la política de todo el mundo y, especialmente, del mundo colonial. Pero su figura es indisoluble de la publicación más conocida y traducida que

escribió nunca: *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, publicada en 1983 y traducida al español por la editorial Verso y al catalán por la editorial Afers hace poco más de una década (Anderson, 1993; Anderson, 2005). Este es un libro de referencia para los estudiantes de filosofía política y ciencias políticas.

* Este artículo es una versión ampliada de la entrada que publiqué en el blog «El Pati Descobert» el 30 de diciembre del 2015.

En esta obra capital para la literatura académica, el autor expone una teoría general de la identidad nacional y el fenómeno del nacionalismo. Este habría aparecido de la mano del capitalismo mediante la prensa escrita, la novela y las lenguas vernáculas. Así, a finales del siglo XVIII, el continente americano vería nacer las primeras conciencias nacionales que rápidamente se expandirían hacia Europa y el resto de continentes. La ruptura con el poder de origen divino, el latín (o las lenguas de las grandes religiones) y la concepción antigua del cosmos requerían una nueva manera de pensar la comunidad. Según el autor, es en este momento en el que la nación, como relato compartido entre iguales a través de la lengua escrita (sobre todo, la prensa y literatura), aparece como una nueva entidad política de pertenencia extremadamente poderosa. Por tanto, las naciones en la visión andersoniana son comunidades imaginadas fruto de la propia evolución histórica de la modernidad. Para Anderson, la nación no puede ser anterior al nacionalismo, ya que esta emerge precisamente del relato de formar parte de una comunidad que van conformando la prensa escrita y, posteriormente, la definición paulatina de las fronteras de esta comunidad.

El también estudioso del nacionalismo Anthony Smith situó a Anderson dentro de lo que denomina *modernismo clásico*, junto con muchos autores: Gellner, Nairn, Giddens, Tilly, Breully, Hechter o Kedourie, entre otros (Smith, 1998). Esta corriente de pensamiento sobre el nacionalismo se consolidó en los años ochenta y compartía una misma idea: ver este fenómeno precisamente como un producto de la modernidad (entendida en sentido amplio: la aparición del Estado, la economía de mercado, la administración, etc.). Hay que observar que esta escuela, influenciada por el pensamiento de Weber, Deutsch o Simmel, también compartía el rechazo del perennialismo o primordialismo, es decir, la idea considerada romántica de que las naciones son entidades milenarias y con una ontología adaptativa o inmutable a lo largo de los tiempos. Una forma de

pensar que de un modo u otro suele expresar cualquier nacionalismo mediante sus mitos.¹

La novedad de la obra de Anderson, compartida con Hobsbawm (1983), fue la de ofrecer una perspectiva marxista del modernismo clásico. Esta consideraba el nacionalismo y las naciones como artefactos culturales basados, sobre todo, en una narrativa que podía ser analizada y, así, abrir la puerta a la crítica posmoderna de deconstruir el nacionalismo. Ahora bien, tal como comenta Bevir, resulta injusto clasificar la teoría de Anderson dentro de la corriente posmoderna que suele menospreciar la importancia real de las naciones (Bever, 2010). En primer lugar, el propio Anderson, ya en la introducción de *Comunidades imaginadas*, expone la voluntad de analizar un fenómeno que, de hecho, la utopía marxista había considerado que estaba condenado a la extinción. Anderson señala el error garrafal de estas predicciones y la actualidad del fenómeno nacional con la aparición de nuevos Estados y movimientos territoriales en todo el mundo. En segundo lugar, la misma teoría de Anderson es, fundamentalmente, una explicación del surgimiento y la importancia del nacionalismo, que lleva incorporada la definición de la nación como una comunidad imaginada. El propio autor reivindica esta definición como una categoría que debería considerarse un grupo específico de pertenencia, del mismo modo que un individuo se siente parte de una religión o de una familia (*kinship*). El error en el que habrían caído los marxistas habría sido, pues, el de considerar el nacionalismo un -ismo más, como si fuera una ideología concreta asociada a una moda pasajera.

1. Un ejemplo claro y divulgativo de este hecho, para el caso francés, lo podemos encontrar en: Lluís, J-Ll. (2011). *Conversa amb el meu gos sobre França i els francesos*. Barcelona: La Magrana.

REVINDICAR A ANDERSON

El filósofo Joan Vergés (2013) también ha señalado el modernismo radical de Anderson, ya que sitúa la nación como un producto de la emergencia del nacionalismo. Pero Vergés también ha denunciado una lectura errónea o malintencionada muy popular en nuestras latitudes cuando se trata de negar la existencia de las naciones (a menudo, las naciones sin Estado). Estas naciones «pequeñas» en el sentido kunderiano² suelen sufrir a causa de los nacionalistas de Estado (aunque se disfrazen de cosmopolitas), con frecuencia de la mano de la acusación pretendidamente andersoniana de su carácter imaginado.

Como el tal sujeto [Cataluña y Euskadi], como ente cultural homogéneo, es una invención (una «comunidad imaginaria», en feliz expresión del antropólogo Benedict Anderson), el acceso al poder de las élites nacionalistas que actúan en su nombre lleva a intentos de moldear el conjunto social ahora bajo su mando a imagen y semejanza de la nueva cultura oficial, reprimiendo, por la fuerza si es preciso, a las minorías «díscolas» (Álvarez, 1996).

Estas lecturas interesadas, sin embargo, no encuentran fundamento en la obra de Anderson si se realiza una lectura cuidadosa. En primer lugar, para el teórico del nacionalismo no hay naciones más reales que otras; por tanto, si alguien se dedica a acusar a otras naciones de no existir por ser imaginadas, debería estar dispuesto, como mínimo, a aceptar que su nación también lo es. Si este no fuera el caso, estaríamos ante una aplicación selectiva de la teoría de Anderson y, por tanto, equivocada (o con mala fe). Pero, en segundo lugar, el hecho más sorprendente es la confusión (deliberada o no) que se suele establecer

entre imaginado e inexistente. Al fin y al cabo, nuestro entorno está hecho de instituciones y consensos compartidos que no son necesariamente palpables o materiales. Como dice Vergés:

la realidad social está hecha a base de creencias compartidas (...) el gran problema lo acaba teniendo el antinacionalista cuando niega que pueda haber naciones a partir de las creencias de la gente: nos debe una explicación sobre cómo se forma la realidad social Vergés (2013: 17-57).

Un tercer elemento, en mi opinión capital para entender la visión del nacionalismo de Anderson, es su capacidad para distinguir las diversas formas que han adoptado la conciencia nacional y el nacionalismo desde su aparición. Desde una perspectiva global, ligada a sus estudios de Asia y del mundo colonial, el filósofo y antropólogo distinguía diversas formas de nacionalismo que han ido conformándose históricamente. La manifestación principal y la que, a su juicio, generó la emergencia del nacionalismo fue el criollo, especialmente en América Latina. Este era un tipo de nacionalismo revolucionario que buscaba deshacerse del yugo de la metrópoli y estaba liderado por las élites de las colonias europeas. Esta vanguardia sería la que lideraría las liberaciones americanas empezando por los Estados Unidos, de 1776 a 1830. A este nacionalismo hay que contraponer lo que se denomina *nacionalismo oficial*, siguiendo a otro gran estudioso, Seton-Watson. Si el primero era de carácter revolucionario, esta segunda forma es la propia de los aristócratas y la metrópoli, es decir, los gobernantes de grandes Estados imperios como el zar de Rusia. Un nacionalismo, en definitiva, que pondría en el punto de mira las identidades subyugadas y los respectivos nacionalismos populares (desde Ucrania hasta Córcega pasando por Polonia) y que adoptarían los grandes imperios ruso, germánico y otomano, pero también los asiáticos como el chino o el japonés.

La teorización de las diversas caras del nacionalismo, y su capacidad para convertirse en liberador y opresor en función del uso de la identidad nacional, es otra característica que retener de la obra de este

2. Kundera escribía, hablando de Chequia y su fragilidad en el centro de Europa: «ce qui distingue les petites nations des grandes, ce n'est pas le critère quantitatif du nombre de leurs habitants; c'est quelque chose de plus profond: leur existence n'est pas pour elles une certitude qui va de soi, mais toujours une question, un pari, un risque; elles sont sur la défensive envers l'Histoire, cette force qui les dépasse, qui ne les prend pas en considération, qui ne les aperçoit même pas», Kundera, M. (2000). *Les Testaments trahis*, Gallimard.

antropólogo de orígenes irlandeses y conocedor como pocos de los tentáculos del imperio británico en Asia.

ANDERSON Y NOSOTROS

Una tercera vía de aparición de movimientos nacionalistas e identidades nacionales identificada por Anderson es lo que denomina *nacionalismo lingüístico*. Este sería típicamente originario de la Europa occidental y, especialmente, de las minorías lingüísticas víctimas del nacionalismo oficial de los grandes imperios, con una clara aparición durante el siglo XIX. La defensa cultural y lingüística se convertiría también en una defensa política bajo la influencia del pensamiento de Rousseau y Herder con un nuevo nacionalismo:

Hence enormous energy came to be devoted to the construction of dictionaries for many languages which did not have them at that point—Czech, Hungarian, Ukrainian, Serbian, Polish, Norwegian, and so on. Oral literary traditions were written down and disseminated through print as popular literacy slowly began to increase. These productions [culturals] were used to fight against the domination of the big languages of the dynastic empires, such as Ottoman, High German, Parisian French, the King's English and eventually Muscovite Russian, too (Anderson, 2001).

Este, en *Comunidades imaginadas*, es el tipo de nacionalismo que nos define mejor (junto con el nacionalismo oficial español). Sin embargo, los Países Catalanes son un ejemplo claro de la complejidad del fenómeno nacionalista desde el punto de vista interno y externo. De identidades nacionales múltiples y a veces sobrepuestas (catalana, catalana del Principat, valenciana, isleña, etc.) han sido motivo de disputas y enfrentamientos que, a su vez, han sido constitutivos. Fuster hablaba así:

De todos modos, la distinción terminológica se imponía. Se imponía, pero no podía inventarse.

Esta pequeña marca de un nombre distinto para el conjunto de los Países Catalanes y para el Principat debía tener, después, consecuencias graves. «Cataluña» y «catalán», limitados al Principat, adquirirían un valor puramente regional, y mientras quedaba vacante la denominación que debería haber englobado el bloque total de nuestro pueblo. A medida que pase el tiempo, los matices regionales del País Valenciano y de las Baleares se harán más intensos, por relación con el matiz del Principat. Esto no habría supuesto ningún obstáculo para nuestra cohesión colectiva, si el conato de dispersión que implicaba hubiera tenido el contrapeso de un nombre general y vinculatorio (...). A falta de un nombre mejor, a nuestra comunidad la denominamos Países Catalanes (Fuster, 1996: 58).

La definición de Fuster y su lamento dan la razón a Anderson en cierto modo: el nacionalismo crea nación, y no hay nación sin este movimiento (ya sea criollo, imperial o lingüístico y cultural). Pero también recuerda la enmienda antimodernista de Smith, siempre contrario a los excesos constructivistas. El autor defendía que también resultan imprescindibles elementos primarios, que denomina geológicos: «No podía inventarse», dice Fuster. Es decir, la narrativa nacional no emerge de la nada, sino de una preexistencia cultural e institucional que la hacen viable o, cuando menos, proporcionan la materia prima para una arqueología que permite desarrollar un sentimiento de pertenencia. No hablamos aquí de una etnicidad previa, sino de un sustrato cultural necesario, pero no suficiente, que proporciona las precondiciones de una narración nacional. Una materia que, en nuestro caso, no era fácil de compaginar, pues era territorialmente muy plural. En pocas palabras, imaginar la catalanidad de hoy resulta inseparable de la Batalla de Almansa o Ramon Llull, pero estos elementos no determinan su existencia, tal como prueba la diversidad de proyectos políticos que han florecido en nuestro territorio en los últimos años. En definitiva, tal como dijo Renan (1882): «L'existence d'une nation est un plébiscite de tous les jours».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez, J. La determinación de los pueblos, *El País*, 14/04/1996.
- Anderson, B. (2005). *Comunitats Imaginades*. València: Afers.
- Anderson, B. (2001). Western nationalism and Eastern nationalism. Is there a difference that matters?, *New Left Review*, 9 (en línea). <https://newleftreview.org/II/9/benedict-anderson-western-nationalism-and-eastern-nationalism>, acceso 1 de junio de 2016.
- Bevir, M. (2010). *Nationalism, The Encyclopedia of Political Theory*. Londres: SAGE.
- Fuster, J. (1996). *Nosaltres, els valencians*. Barcelona: Edicions 62.
- Hobsbawm, E.J; Ranger, T. (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lluís, J-Ll. (2011). *Conversa amb el meu gos sobre França i els francesos*. Barcelona: La Magrana.
- Kundera, M. (2000). *Les Testaments trahis*. Paris: Gallimard.
- Renan, E. (1882). Qu'est-ce qu'une nation? (en línea). http://classiques.uqac.ca/classiques/renan_ernest/qu_est_ce_une_nation/renan_quest_ce_une_nation.pdf, acceso 1 de junio de 2016.
- Smith, A. (1998). *Nationalism and Modernism A critical survey of recent theories of nations and nationalism*. Londres: Routledge.
- Vergés, J. (2013). *La nació necessària*. Barcelona: Angle Editorial.

NOTA BIOGRÁFICA

Marc Sanjaume-Calvet. Asesor e investigador en el Institut d'Estudis de l'Autogovern (IEA) – Generalitat de Catalunya y profesor colaborador en la Universitat Oberta de Catalunya (UOC). Doctor por la Universidad Pompeu Fabra en Teoría Política realizó el postdoctorado en la Universidad de Quebec en Montreal (UQAM). Ha realizado estancias de investigación en la Universidad de Laval y la Universidad de Edimburgo. Su investigación se centra en las teorías de la democracia, el nacionalismo y la autodeterminación.

